

RECENSIONES

C. GROVE HAINES (editor): *European Integration*. Colección de trabajos escritos por distintos autores sobre la unificación de Europa. Baltimore, 1956; 310 págs.

Es indudable que la bibliografía sobre la integración europea se va enriqueciendo a un ritmo rápido, índice del interés que esta cuestión suscita en casi todos los países. Alemania, Francia e Italia—los “tres grandes” de la pequeña Europa—se encuentran hoy a la cabeza de la producción bibliográfica sobre asuntos europeístas. Pero también países periféricos europeos, como la Gran Bretaña, e incluso extra-europeos, como los Estados Unidos, dedican gran atención a uno de los temas más apasionantes y de mayor actualidad: la integración de la vieja Europa.

Buena prueba de ello es este volumen editado en los Estados Unidos, y que para ser europeísta hasta en su contextura, está escrito por belgas, franceses, alemanes, ingleses, italianos y hasta americanos, de forma que se pueden contrastar los más diversos puntos de vista sobre los variados aspectos de la unidad europea. Esta es la materia que da una cierta armonía argumental al libro, repitiéndose constantemente el “leit motiv” de la unidad europea, aunque los distintos instrumentos de esta orquesta intelectual den una interpretación muy variada al motivo europeo.

No es por ello de extrañar que en esta obra revivan viejos polémicas, como la del federalismo frente al funcionalismo, se abogue por una gran Europa o por una Europa reducida, se defiendan los lazos de la Gran Bretaña con el Commonwealth y se ataque, más o menos violentamente, la política europea de los Estados Unidos. Pero, aunque sea propugnando diversos métodos, todos los autores coinciden en una

cosa: en la necesidad urgente de unificar a Europa.

En el verano de 1956 se celebró en Bolonia una reunión para tratar del tema de la integración europea y en ella participaron políticos, diplomáticos e intelectuales de varias naciones. Sus principales trabajos han sido recopilados ahora en este interesante volumen, en el que no sólo se analizan los resultados conseguidos en el proceso de integración europea, sino que también se proponen fórmulas y evoluciones.

El ex ministro de Estado belga, Paul van Zeeland, se plantea en un conciso prólogo los principales problemas de Europa y las dificultades que se encuentran en su camino, que “están en proporción con la magnitud del fin que debe conseguirse”. Ha sido preciso, dice, que la Pequeña Europa marche por delante, pero Europa es algo más que los Seis y debe buscar unos límites más amplios. No hay que creer que el Mercado Común va a ser una panacea para los males de Europa. Al contrario, su aplicación creará nuevos problemas, pero con todo proporcionará aquellas “soluciones sin las cuales Europa no puede dar un auténtico impulso a su expansión económica”. Y “el día en que Europa recupere su sitio entre las grandes potencias, a las que debe pertenecer por el papel que ha desempeñado durante miles de años, habrá de nuevo probabilidades de paz en un mundo equilibrado”.

Muy acertados nos parecen los juicios de Felice Battaglia, cuando dice que sería un tremendo error considerar la unidad

européa desde un ángulo puramente militar, de modo que el proceso integrador sea tan sólo un disfraz del antiguo principio del equilibrio o balanza del poder, que en este caso jugaría nivelando el poderío ruso. Como para el rector de Bolonia la formación de Europa "fué eminentemente cultural más que política", se deduce de lo que él dice que "aunque no hubiera un peligro militar inminente, la unificación europea sería necesaria". Lo que se necesita para la integración es imaginación y realismo combinados y renuncia a los egoísmos nacionales y a los particularismos políticos y económicos.

A estudiar el concepto histórico de Europa dedica un importante capítulo el catedrático de la Universidad del Sarre, J. B. Duroselle, que analiza la etimología de la palabra "Europa", así como la evolución de la idea que implica este vocablo, deteniéndose muy especialmente en el nacimiento de la Europa Moderna y en el estudio del papel que en ella han desempeñado el principio del equilibrio y el de las nacionalidades. A nuestro juicio, Duroselle insiste demasiado en el elemento político de Europa y deja un poco de lado el espiritual y el cultural, así como intentos unificadores tan notables como el medieval de Carlomagno y el moderno de Carlos V. Su estudio termina con el apogeo del principio de las nacionalidades y el nacimiento—hacia 1848—de la fórmula "los Estados Unidos de Europa".

El historiador americano Hans Kohn continúa la historia de Europa donde la había dejado su colega del Sarre, o, mejor dicho, un poco antes, en el siglo XVIII, con la Ilustración, la época en la que se llegó a la unidad cultural de Europa y en la que "aunque las naciones existían, apenas había nacionalismo". Pero llegaron la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas y con ellas el pecado capital de Europa; el nacionamismo, triunfador en el siglo XIX, principal causa de la primera guerra mundial. El nacionalismo degenera más tarde en racismo y fascismo, que desembocan en la segunda Guerra Mundial, de la que Europa sale empequeñecida e impotente.

¿Es capaz Europa de superar estos nacionalismos? Esta es la gran pregunta previa a todo intento unificador. Kohn responde afirmativamente, con optimismo, y

afirma que el futuro no habrá que hablar de "naciones" sino de "civilizaciones", y el futuro de la civilización occidental dependerá no sólo de Europa—"pues la integración de Europa puede no ser bastante"—sino también de los pueblos americanos.

El italiano Altiero Spinelli traza luego el cuadro del movimiento europeísta desde la segunda Guerra Mundial en uno de los capítulos más apasionados de este libro. Como federalista a ultranza que es, tacha de tibios o equivocados a los europeístas que proponen otros métodos. Al conde Coudenhove-Kalergi, a la ayuda americana por no haber creado un Mercado Común Europeo, y a Churchill, "con su aguda y cínica idea: los ingleses desempeñarían el papel de guardianes del Movimiento europeísta y lo guiarían para asegurarse que nunca alcanzarían una verdadera unión".

Se refiere también Spinelli al predominio de los métodos a partir del Plan Schuman y a la caída de la C. E. D., y con ella a la de la Comunidad Política Europea.

Y aunque no lo dice, Spinelli parece aliarse en el bando de aquellos federalistas que "insisten en que la unidad europea debe ser lograda por las poblaciones europeas, y no por los diplomáticos, mediante la elección directa de una Asamblea Constituyente Europea y la aprobación por referendun de la Constitución que prepare esa Asamblea". Si la política es el arte de lo posible, esta idea parece alejarse mucho de ella, ya que difícilmente se puede concebir la actuación directa de las poblaciones, sin sus representantes, en la actual situación de Europa.

Mucho más ponderado es el holandés Van Kefflens en un sereno y reposado artículo en el que dice que no hay que ser demasiado imprudentes en la unificación de Europa, pues ésta tropieza con los intereses creados y con el valladar del Estado soberano. Explica el proceso de integración con las ideas de Toynbee del "desafío"—el ruso—y la "respuesta", la europea. Y después de pasar revista a las razones políticas, militares y económicas para la unificación de Europa y a las objeciones escandinavas y británicas, concluye exponiendo las razones por las que la integración significará un sacrificio mayor para la Pequeña Europa que para la Grande.

El italiano Hugo La Malfa estudia las

razones económicas que aconsejan la unidad de Europa. "Ningún país europeo puede soportar los gigantescos esfuerzos e inversiones financieras para la investigación, elementales en la revolución tecnológica que promete la edad atómica". Si la integración europea fracasa "Europa será relegada respecto de los Estados Unidos a la posición que ocupan en el momento actual los países balcánicos e incluso asiáticos respecto de Europa". Para el ex Ministro italiano la integración sólo puede lograrse sobre la base de cesiones parciales de soberanía. Sólo así puede explicarse el éxito de la CECA y la poca eficacia del Consejo de Europa, al que califica de "talking shop". La experiencia de la CECA demuestra la necesidad de crear instituciones supranacionales, especialmente un amplio mercado común que asegure la expansión económica, la distribución de la mano de obra y la ayuda a las zonas menos desarrolladas. Y La Malfa concluye con una profesión de fe federalista al decir que "para detener el proceso de decadencia europea es absolutamente necesario delegar el poder soberano en una organización federal".

Pero ¿qué quiere decir "integración europea"? ¿Cuáles son los métodos que se pueden seguir? ¿A qué naciones debe alcanzar? ¿Es necesariamente malo el nacionalismo?

El catedrático John A. Loftus tiene una enorme y laudable preocupación por aclarar estas dudas y por definir conceptos. Analiza las diferencias entre federalismo, unionismo y funcionalismo, entre cooperación y supranacionalidad, entre la Grande y la Pequeña Europa. Nos parece muy acertada la opinión del profesor Loftus de que la unidad europea no debe enfocarse con parroquialismo, con una visión pequeña, ya que el mundo es algo más que Europa. Muy arriesgado parece en cambio su pronóstico de que "no hay ninguna probabilidad de una cesión formal de soberanía o de la creación de entidades genuinamente nacionales en una zona geográficamente más amplia que la Europa de los Seis". Y desde luego nos parece injusto e inconsecuente cuando dice que "cualquier comunidad que supusiera añadir a la Europa de los Seis los países del Sudeste y del Sudoeste de Europa sería una monstruosidad geográfica, política, económica y cultural".

Para Paul Delouvrier, Director Financiero de la CECA, no es posible detener a los Seis en su marcha si quieren progresar más rápidamente que los otros. Es más, es conveniente que Europa tenga esa avanzadilla, ya que a cada progreso de la Pequeña Europa corresponde otro progreso de la Europa de los Quince. "Todos aquellos a quienes nos gusta la integración de los Seis suman sus esfuerzos a la OECE, de forma que cuando la integración de los Seis se hace un progreso se puede inmediatamente ver a la OECE afanándose para realizar también nuevos progresos. Hay un espíritu de emulación y rivalidad y, seamos francos, el Reino Unido sólo está unido a la OECE porque detesta a las organizaciones de los Seis". Justo es decir que la observación de Delouvrier se está cumpliendo plenamente en los momentos actuales con la réplica británica de la Zona de Libre Comercio al Mercado Común de los Seis.

El catedrático norteamericano Michael Heilperin estudia los postulados comerciales y financieros de la integración europea y después de analizar "el milagro de la CECA" se muestra partidario "como americano, liberal y amigo de Europa" de una zona de libre comercio entre el mayor número posible de países de la Europa Occidental, y de una comunidad económica del Atlántico Norte con la participación de los Estados Unidos en un comercio liberalizado.

La CECA como ejemplo de integración es la materia que aborda Giuseppe Pella, quien después de hacer un balance de las actividades del organismo de Luxemburgo, atribuye su éxito al mercado común restringido que ha creado y que ha sido ventajoso para países sobre los que se habían hecho pronósticos pesimistas, como Italia. La Comunidad del Carbón y del Acero ha dado los resultados que se esperaban y a veces incluso mejores que los esperados. El Presidente de la Asamblea Común opina, sin embargo, que el sistema de "integración por sectores" que se ha aplicado en la CECA sería peligroso si se extendiera a toda la economía, pues se crearían compartimientos-estanco, siendo así que la economía es un todo unitario.

Lo que en Pella se analiza de realizaciones y hechos concretos, en Giovanni Demaria es planteamiento de hipótesis y suposiciones sobre lo que ocurriría en una

Europa económicamente integrada en relación con la economía mundial. Se pregunta lo que sería de esa Europa, no sólo en relación con los Estados Unidos y Rusia, sino también respecto a los futuros gigantes como China y la India, para concluir proponiendo la íntima colaboración científica y técnica de Europa con los Estados Unidos. Este artículo tiene más valor como ensayo que como estudio científico.

El trabajo de Henri Brugmans sobre *La dinámica de la integración europea* es, a nuestro juicio, uno de los mejores del volumen. El rector del Colegio de Brujas dice que en Europa hay hastío, malestar y escepticismo a pesar de los adelantos materiales y de los sistemas de seguridad social. La frustración psicológica es debida a que faltan inspiración y perspectivas. Por otra parte, los grandes partidos políticos del momento—el liberalismo, la democracia cristiana, el socialismo—no despiertan gran entusiasmo porque “la mayor parte de sus respectivos programas ha sido realizada”.

¿Solución? El federalismo, que “aunque todavía no ha desarrollado toda su real fuerza de renovación” tiene un potencial dinámico formidable. Todo este potencial será necesario para conseguir la unidad europea, con sus enormes ventajas y para combatir el peligro de Rusia, que será mayor cuando el comunismo esté ideológicamente exhausto, pues entonces tenderá a la expansión. Pero para nosotros lo más acertado de Brugmans es el subrayar el enorme peligro de este período de transición en el cual se está perdiendo en Europa la moral y el sentimiento nacional, sin que la idea Europa tenga aún suficiente fuerza para atraer a las masas.

Alfred Grosser estudia el tema de las relaciones entre Alemania y Europa, desde la ocasión perdida entre 1945 y 1948 para que Alemania se incorporara a una Europa Federal, hasta la situación actual pasando por el Plan Schumann, la caída de la C. E. D. y los Tratados de París de 1954. Las relaciones franco-alemanas son objeto de un estudio particularmente detallado. Del trabajo de Grosser, muy detallista—aunque a veces la visión de conjunto pierda claridad—, se saca una impresión pesimista: que el tiempo trabaja en favor de Rusia, la cual espera que Adenauer sea sucedido por otro político más propicio a la reu-

nificación alemana a cambio de concesiones políticas como la salida de Alemania de la OTAN.

El italiano Aldo Garosci dedica un capítulo al estudio del neutralismo desde su nacimiento en la primera Guerra Mundial hasta su difusión en la postguerra de la segunda. Las principales causas del neutralismo las encuentra en el temor a la destrucción en una nueva guerra y en la política de distensión de la URSS. El neutralismo se manifiesta en forma de desconfianza popular e indiferencia hacia las decisiones del Gobierno. Tal vez el trabajo de Garosci resulta a veces un poco oscuro y no matiza lo suficiente en las causas del neutralismo europeo.

Al investigar cuál debe ser el marco adecuado de la Europa integrada dedica su valioso trabajo el holandés Hans Nord, quien afirma que “la comunidad supranacional es el único marco político posible para la integración europea”. Ahora bien, la Europa supranacional no debe ser construida sobre la base del Estado nacional, pues entonces sería un super Estado, con los problemas actuales aumentados, y la Comunidad europea se convertiría en campo de batalla de los intereses nacionales. ¿Cómo solucionar este problema? En primer lugar por la creación de una especie de ciudadanía europea, de forma que “todo europeo sepa que es ciudadano de su nación, pero también de la Comunidad Europea”.

En segundo lugar, habría que elegir un Parlamento europeo en elecciones directas y no a través de los Parlamentos nacionales. El sistema electoral podría organizarse al principio sobre la base de los partidos políticos nacionales existentes que presentarían “sus candidatos europeos”, hasta que se crearan auténticos partidos europeos. La Comunidad Europea tendría que respetar a las naciones y establecer un adecuado equilibrio entre lo europeo y lo nacional, carácter dual necesario a lo ejecutivo y que en lo legislativo podría plasmar en un sistema bicameral. En fin, la Comunidad Europea no puede limitarse a los Seis y debe actuar en plena armonía con los Estados Unidos dentro de la Alianza Atlántico.

La última parte del libro “European Integration” está dedicada a considerar las posibles relaciones entre la Europa Unida

y ciertas partes y organismos del mundo no comunista.

El libanés Charles Malik expone el punto de vista asiático sobre la Europa integral. Opina Malik que la Europa Unida no debe basarse sólo en la defensa contra Rusia y el comunismo, sino que debería existir aunque desaparecieran éstos para formar una de las organizaciones regionales previstas en la Carta de las Naciones Unidas. La Europa Unida debe incluir también a los pueblos europeos del otro lado del Telón de Acero. La integración europea —añade Malik— es necesaria para Occidente, pero una vez integrada debe tener relaciones de asociación con Oriente: tanto los pueblos de Asia como los de África necesitan de la sabiduría científica y política de Europa.

Interesantes, muy interesantes, son los puntos de vista de Malik, tan pro-europeo, pero conviene no olvidar que el Líbano es uno de los pocos países proeuropeístas que van quedando en el Próximo y Medio Oriente.

El representante canadiense en la OTAN, L. D. Wilgres, estudia las relaciones entre la Europa Occidental y el comunismo atlántico y concluye afirmando que la Unión Europea no sería bastante si no se llegara a una Comunidad Atlántica, ya que ni siquiera los recursos de la Europa Unida podrían compararse con los de los Estados Unidos y Rusia.

Para el historiador norteamericano Henry Steele Commager la unidad europea no sólo es posible, sino que ya se ha realizado... en Norteamérica. Estados Unidos son, dice, una magnífica prueba de que la unidad europea es posible, como también son pruebas Canadá, Australia y Suiza. ¿A qué se debe el que en Europa no se unan sus pueblos? Según Commager, hay que achacarlo más a dificultades culturales y psicológicas que a razones militares y políticas: la culpa de los nacionalismos europeos la tienen en parte los historiadores. "La fragmentación no se basa tanto en los factores del lenguaje, raza política, sino en la historia, la filosofía, la

religión y la psicología. La labor de unificar a Europa debe ser, pues, en gran parte obra de historiadores, artistas e intelectuales de todo género.

Finalmente, Charles M. Carrington analiza las relaciones entre la Commonwealth y la Europa Occidental y no se muestra muy propicio a la unidad europea, ya que, caso de que Gran Bretaña pensara en integrarse en una entidad política mayor, miraría hacia la Commonwealth, que no es algo sentimental o emotivo, sino práctico. "Por el contrario, la integración de Gran Bretaña a Europa es una idea romántica que procede del corazón, pero no de la cabeza."

En resumen, esta obra es un magnífico arsenal de ideas sobre la integración de Europa, originales unas, conocidas las otras, polémicas algunas, interesantes casi todas. En este volumen hay material más que sobrado para el estudio del europeísmo, desde el capítulo lleno de sugerencias de Brugmans, con su dinámica de la integración, o el de Nord, con su sistema europeo, hasta los arrebatos federalistas de Spinelli o el pragmatismo británico de Carrington.

¿Conclusiones de su lectura? Ante todo, que pese a la discrepancia de hombres y métodos hay puntos en común. Uno de ellos es la repudiación del nacionalismo exaltado, causa de los males de Europa. Otro, que la unificación es algo inaplazable, pues de no hacerse pronto, Europa no contará ni en la política, ni en la economía, ni tal vez en la cultura.

Otra consecuencia es que Europa está en un momento sumamente delicado de crisis y transición entre el nacionalismo y el europeísmo. Por tanto, un serio tropiezo en los intentos europeístas podría significar la desilusión y la regresión a los más violentos nacionalismos. Pero la Historia nos enseña que Europa ha sabido salir airosa de los muchos momentos de crisis y de transición por los que ha pasado. Confiemos en que ahora ocurrirá lo mismo.

JOSÉ MARÍA SIERRA NAVA.

Education in the URSS. Washington; Division of International Education; International Educational Relations Branch, 1957, XVI más 226 págs.

Cualquiera con un mínimo de sensibilidad hacia los asuntos internacionales conoce que la Comunidad mundial se halla *atravesando una fase de transición.*

Vemos, en una faceta, cómo la potencia nacional no sólo viene valorada en términos de fuerza militar clásica. Tal concepción se halla superada por los acontecimientos.

Surge, de modo avasallador e insoslayable, la realidad de la nación como un todo. Se impone el repetido—al menos, por nosotros—*estar en forma* permanente. Incluso, se alude a un frente interior, con sus medios defensivos y los instrumentos ofensivos.

En suma, tiempo de guerra de ideas y de conceptos de vida.

Son muchos los ingredientes del llamado poder nacional. Para aprehender esta evidencia no se precisa la consulta de obras dedicadas a la Ciencia de las Relaciones Internacionales. Basta tener medianamente espabilado el sentido político-social.

Pues bien; uno de los componentes del *National Power* es la fuerza científico-técnica del país.

El lanzamiento del satélite ruso ha puesto de actualidad el relieve de este elemento.

Cunden las conjeturas y las estimaciones acerca de la virtualidad del desenvolvimiento cultural, científico y técnico de la Rusia soviética.

Y he aquí que a tales interrogantes responde la reciente publicación del *Office of Education de Washington.* El libro bien merece un comentario.

* * *

No se olvide que antes de 1917 los marxistas veían en la educación un arma de la burguesía para asegurar su dominio sobre las masas. Recuerde el lector la tesis de Lenin: *la educación, arma política.*

Aquí viene justificada la mención del segundo capítulo de este estudio, titulado *Planeamiento y administración.* Y, dentro de ese perfil, el planeamiento de la educación constituye un punto de relieve in-

discutible. La vida económica de la U.R.S.S. está determinada por el Plan económico nacional.

La Unión Soviética, con una economía planificada por espacio de muchos años, ha establecido su *orden* de distribución racional de enseñanza y entrenamiento y de ajuste de las cuotas a las necesidades, en aras a la utilización más eficiente de la mano de obra, con la garantía del número y del tipo de graduados necesitados en cada rama de la economía.

Un ejemplo nos mostrará el grado de articulación de las materias educativas al planeamiento general del Estado. Durante el V Plan quinquenal (1951-1955) fué decidida la expansión de la producción petrolífera a un ritmo acelerado—equipo para la industria del petróleo, productos manufacturados del mismo, etc.—. Tal programa exigía un incremento en el número de los especialistas. El contingente de estudiantes especializados en este campo quedó duplicado con relación a la cifra del programa anterior. Además de la incorporación de mayores promociones estudiantiles a las instituciones de enseñanza superior, fueron establecidos nuevos centros técnicos para la enseñanza profesional ligada a este extremo y convertidos otros en instituciones *ad hoc.*

Y note el lector el significado de la instrucción aportada en los *Técnicums*—situados a un nivel entre las escuelas de enseñanza media y las instituciones superiores—, con el cometido de la preparación de lo que pudiéramos denominar el elemento intermedio.

Pues bien; obsérvese que durante los cinco años anteriores a la segunda Guerra Mundial la masa de alumnos semiprofesionales en las esferas de la ingeniería y de la sanidad ascendió a 250.000; la de los estudiantes agrícolas a unos 140.000; mientras que en el terreno socio-económico el nivel permanecía extraordinariamente bajo (en 1939, sólo el 4 por 100 del alumnado total de los citados *Técnicums*).

En el curso de la pasada conflagración mundial, la enseñanza en las disciplinas de la ingeniería se convirtió en el tema do-

minante. Y todavía adquiriría mayor realce en los años de la postguerra, intensificándose rápidamente después de 1952.

Los planificadores soviéticos mantienen que, para una utilización correcta y más efectiva de la mano de obra, la relación de personal profesional a semiprofesional, en la U.R.S.S., ha de ser de 1 a 2 (y hasta de 1 a 3 y de 1 a 4, en algunos terrenos). En los últimos veinticinco años la proporción media ha sido de 1 a 1,8.

Así se justifica el hecho de que en el Plan 1951-1955 se propusiera un incremento del 35 por 100 en el entramado de graduados semiprofesionales (particularmente, en los dominios de la ingeniería y de la agricultura, puesto que era en éstos en donde existía el déficit más agudo).

En todo caso, hay una evidencia ineludible: en 1955, la mano de obra semiprofesional sumaba, probablemente, un millón de personas en la U.R.S.S. y un millón en los Estados Unidos. Pero he aquí que los soviéticos están produciendo técnicos del tipo de ingeniería a razón de 92.000 al año, y los Estados Unidos, al ritmo de 13.000...

* * *

En sucesivos capítulos se abordan los pormenores relativos a la enseñanza preescolar; a la primaria; a la secundaria; al entrenamiento vocacional; a la enseñanza superior; y a la profesión docente.

* * *

La conclusión de *Education in the URSS* es el sentido de la evolución del sistema educativo soviético, el paso de las creencias y aspiraciones de los primeros tiempos de la Revolución a las prácticas del presente, con la transformación de teorías—vagas, progresivas e idealistas—en una máquina encaminada a producir obreros leales y calificados en varios campos y en varios niveles.

* * *

Lo cierto es que los detalles referentes a la educación en Rusia estaban a mano hace algún tiempo. Recuérdese el estudio *Soviet Professional Manpower*, publicado en 1955, por Nicolás Dewitt, de la Universidad de Harvard. El libro es un notable trabajo

de eficiencia investigadora, una verdadera enciclopedia de estadísticas y cartas. En él se describe, con precisión quirúrgica, toda la vasta trabazón de la enseñanza soviética y la totalidad del esfuerzo bolchevique para superar al Oeste en la esfera tecnológica.

* * *

¿Qué deducir de las aseveraciones precedentes? La ruta queda abierta a un cúmulo de interrogantes, fáciles de abarcar para cualquier mente medianamente equilibrada.

La consulta de *Education in the URSS* abre no pocas perspectivas. Y, si el lector no llega con ella al núcleo del asunto, no tiene más que meditar ante los asertos registrados a continuación.

En 1955, sir Francis Simon esgrimía las siguientes afirmaciones: "Quizás, el aspecto más inquietante es que mientras el Occidente no ha comprendido que la mano de obra científica y técnica es la baza de mayor importancia en esta edad tecnológica, los rusos lo han comprendido. Ellos han levantado una equilibrada comunidad de científicos y de técnicos y su contingente anual es, ahora, más del doble de los Estados Unidos. Su calidad no parece ser inferior a la del Occidente, Y, si no tienen lugar—muy pronto—serios cambios, el esfuerzo tecnológico de los países comunistas dará alcance al del Occidente dentro de una década o de dos." (Véase *Nuclear Energy and the Future*, "Lloyds Bank Review", abril 1955, p. 12.)

Otra interpretación del horizonte actual es delineada por el senador Charles E. Potter, en un artículo inserto en el número de diciembre de la revista "Western World": "En la U.R.S.S. se pone el acento sobre las matemáticas, las ciencias y la tecnología; y no solamente en la formación de los ingenieros, sabios y técnicos, sino asimismo en los programas de los economistas, de los psicólogos, de los políticos y de los escritores. Todo estudiante se halla impregnado, por medios directos o indirectos, de la importancia abrumadora de las matemáticas, las ciencias y la tecnología... Durante largo tiempo hemos estado mecidos por la ilusión de que el medio científico de esclavitud no podía producir grandes sabios, ni grandes ingenieros. De hecho, puede. Y el mundo occidental jamás debe minimizar el aspecto amenazador de tal realidad. El culto a la Ciencia y a la tecnología, que la masa

RECENSIONES

del pueblo ruso eleva a la altura de una religión, no hace más que reforzar esta amenaza." (Cons. *Can Sputnik save the free world?*, "W. W.", XII, 1957, págs.14-15.)

Aún más. *Los Estados Unidos ya no son la nación más poderosa de la tierra*, ha escrito Hans J. Morgenthau, director del Centro para el estudio de la política exterior americana de la Universidad de Chicago. De él son los siguientes pensamientos: "El prestigio de que gozan los Estados Unidos en todo el mundo—de modo especial en Asia y en África—deriva principalmente no de las cualidades de libertad política (proporcionada por el sistema de Gobierno) y de igualdad de oportunidades (proporcionada por su sociedad)..., sino de su nivel de vida (proporcionado por su sistema económico) y de sus realizaciones técnicas (proporcionadas por la ingeniosidad práctica de su pueblo), que—en contraste con las otras cualidades—son visibles, tangibles, demostrables y aparentemente asequibles por todos a través de la imitación. Desde el momento en que los Estados Unidos han fallado en mantener su reputación de grandeza en un terreno, se duda de su grandeza en todos los campos. El mundo, incómodamente situado entre la admiración y el resentimiento hacia la riqueza y la tecnología estadounidenses, aparece mofándose de la actual y

probada inferioridad técnica de los Estados Unidos." (V. *The Decline of American Power*, "The New Republic", 9 diciembre 1957, pág. 11.)

A fin de cuentas, todo el complejo de asuntos que el tema sugiere cabe resumirlo, en mínima abreviatura, en esta afirmación: los éxitos científicos rusos constituyen un grave desafío al sistema de libre empresa estadounidense. (Tal es el concepto clave del estudio sobre los resultados de la Ciencia soviética, publicado por Mr. John Turkevitch—profesor de Química en la Universidad de Princeton—, en el número de enero de la revista "Atlantic Monthly".)

* * *

Ante esas evidencias—y sus derivaciones—puede pensarse—como lo han hecho Karl Stern y Mgr Renard—que estamos a punto de tener un sistema científico-social donde la trilogía de la fe, de la esperanza y de la caridad será enteramente reemplazada por la de la investigación, la seguridad y la organización. Y, según ha sostenido M. Segard—profesor en el "Institut Supérieur d'Electronique" de París—, *este peligro existe; no cabe ponerlo en duda; sobre todo, es preciso no ignorarlo...*

LEANDRO RUBIO GARCIA.